JUANA GREY.

Tragedia en cinco actos (imitacion del francés) de D. Francisco Luis de Retes, *representada por primera vez en Madrid el 8 de abril de 1847.*

Al Sr. D. Francisco Cea. = *El autor.*

PERSONAGES.

...ria Tudor.	Sir Palmer.
...na Grey.	Lord Davison.
...lfort.	Cranmer.
Duque de Northumberland.	Un page.
...Aschem.	*Señores de la córte, damas de la Reina, escuderos y pages.*
...d Surrey.	

ACTO PRIMERO.

...din del castillo de Dorset. Al fondo un pórtico. En ...nesa libros, mapas, etc.

ESCENA PRIMERA.

Juana Grey, Guilfort, Aschem.

...Dejadme, Milord, dejadme:
...urbando estais mi leccion.
...Yo las vuestras de rodillas
...uisiera escuchar.
Milord,
...n materia de lecciones
...s recibo, no las doy.
...Ya os dejo.
Aun estais ahi?
...Os importuno?
Guilfort,
...so imaginais?
Bien veo
...ue mucho amais á Platon,
...ero, espero, y no me engaño
...orque leyéndolo estoy
...vos, Juana, que la ciencia
cederá el puesto al amor.
Jua. Quizá.
Asc. La ciencia, hijos mios,
es un sagrado crisol,
donde se prueba del alma
la infinita perfeccion.
Sin ella el cierzo del mal
zumba y se agita en redor,
y el vendabal corre ciego
de la vil supersticion.
Sin ella siempre encerrado,
de su germen creador,
no saldria el pensamiento
poderoso como un Dios.
Todo renace por ella,
como la cándida flor
al soplo del aura suave
que mayo gentil creó.
Guil. Tan nobles palabras hallan
un eco en mi corazon,
y cuando veo á este angel,
á este angel lleno de amor,
de hermosura y de armonia
engrandecer la estension
de la esfera, donde el genio
tiende su vuelo precoz,
yo necesito aplaudir
y admirar, y en mi ilusion
adorar con entusiasmo
á ese pensamiento Dios.
Jua. Y si yo aplausos no quiero?
Guil. Ingrata!
Jua. Quedaos.
Guil. No, no.
Asc. Qué traduciamos?
Jua. Qué?
Al folio sesenta y dos,
muerte de Sócrates.

GUIL. Ah!
JUA. Veis? me distrae la atencion.
ASC. Lee. Cuando el sonoro acento
lanzas de tu dulce voz,
siente el alma un suave encanto,
una armonia interior,
y en tus lábios, hija mia,
es mas divino Platon.
JUA. «Llorais amigos, cuando el alma mia (*lee.*)
»rompe de su prision el velo oscuro,
»del miserable cuerpo se desvia
»y á los imperios del sereno dia
»vuela como el incienso grato y puro.»
ASC. Qué acento!
JUA. Razon teneis;
esa sencilla oracion
ha hecho asomar á mis párpados
un llanto consolador.
GUIL. Por qué?
JUA. Lo ignoro: esa muerte
no la comprendi hasta hoy,
y no sé qué imán me atrae
ácia su triste esplendor;
siento nacer en mi seno
la santa resignacion
del martirio, y en mis ojos
vaga el misterioso albor
que vela á la eternidad
con su tupido crespon.
ASC. Quién mira en el abismo de la muerte? (*lee.*)
Los inmortales Dioses la criaron,
y con su mano poderosa y fuerte,
sobre su lábio descarnado, inerte,
un candado de acero colocaron.
En la lucha terrible que emprendimos
al empezar la senda transitoria,
siempre rudos combates sostuvimos,
la vida es el combate que sufrimos,
la muerte es el laurel de la victoria.
La tierra es un altar espiatorio
do el hombre de sentidos despojado,
al avanzar al tálamo mortuorio
arroja al fuego su hábito irrisorio
con el pecado incitador manchado.
JUA. Del poder omnipotente
es el secreto mayor
la muerte de la inocencia.
GUIL. Cuál sufre su corazon!
Lágrimas dulces su rostro
bañan, oh! cesad por Dios.
JUA. El alma un momento triste
mas cercano al cielo vió.
GUIL. Dejad tan tristes ideas,
una fúnebre oracion
es esa leccion mas bien,
no cuidemos del dolor;
gratos y risueños dias
el cielo nos deparó,
y en el alma vierte un suave
bálsamo de bendicion.
Leednos aquellos versos,
señora, que hicisteis vos,
á una flor de vuestro nombre.
JUA. Aquella infelice flor
que marchitó una mañana
el iracundo aquilon?
Oh, Dios! si fuera un preságio!
ASC. Hija mia, no por Dios.
JUA. Perdonadme, padre mio.
GUIL. Preságio de maldicion;
pero no, no, sus despojos
aun guardo en mi pecho yo.
JUA. «Pobre flor! Tus hermosas compañeras (*lee.*)
exalando sus plácidos perfúmes,
aroman y embellecen las praderas,
y tú, flor, en mi mano te consumes.
Consuélate, si el aquilon dañino
tu coróla de encantos ha deshecho,
tal vez será decreto del destino
que un asilo mejor te dé otro pecho.
Tu brillante ropage de colores
y tus frescos matices de oro y grana,
los arrullos del aura seductores
y el delicioso albor de la mañana
no sentirán, ni el voluptuoso aliento
conque las verdes hojas estremece,
con soplo dulce el sonoroso viento
cuando sus tallos virginales mece.
Si, que has muerto; los dias de tu vida
instantes en el tiempo se contaron,
pobre y sencilla flor descolorida
poco tus años jóvenes gozaron.
Mas porque tenga digna sepultura
la que inhumano hirió noto bravio,
descanse su fragancia y su hermosura
en tu pecho, Guilfort, amado mio.»
(*Aschem toma los versos, los coloca en el libro de la muerte de Sócrates y le pone en el pedestal de una estátua.*)

ESCENA II.

Dichos, NORTHUMBERLAND.

NOR. Algun estudio sublime
os ocupa, no me engaño.
JUA. Llega la Reina Maria?
Milord, de la Reina habladnos.
NOR. Cómo! á Platon y á Demóstenes
dejais por mi? Caso raro!
JUA. Cuando entra en Lóndres qué dicen?
NOR. Hay ciertos rumores vagos.
Dicen que es débil su frente,
y que un femenino brazo
sostener no puede el cetro
con vigor.
GUIL. Y sin embargo,
todo á sus plantas se rinde,
todo se apacigua en tanto.
ASC. Ella es la sola heredera
de Eduardo sesto su hermano.
NOR. Mas se teme que esta hermana
que siempre ha reverenciado
la córte de Roma, quiera
destruir al fin y al cabo
la religion protestante,
que mil veces se ha doblado
la frente de los monarcas
al poder del Vaticano.
Del antiguo cristianismo
apenas hubo aceptado
la herencia Europa, al instante
en dos partidos contrarios
se divide, y en dos templos
á cual mas potentes ambos.
Uno aun con mas influjo,
mas poderoso y mas vasto,
quiere hacer del cielo en nombre
del porvenir su resguardo;

y poblando con serviles
servidores sus santuarios,
en corazones inmobles
vá la fé petrificando.
El otro mas atrevido
ataca á la Biblia osado,
y no cree que dar no pueda
la humana razon un paso.
Libertando al pensamiento
que en Roma gemia esclavo
al examen de sus armas
seguro el triunfo contando.
Y este partido, que al fin
vencerá tarde ó temprano,
teme á la tiara, y tambien
teme á la hermana de Eduardo.

JUA. Cuán digna de compasion
es una Reina! ¡Qué amargos
son los instantes de vida
con el poder soberano
que sin cesar proporciona
pesares y sobresaltos!
Ay Dios! Si en sus corazones
fueran los Reyes mirando
la cuenta que á Dios darán
del poder que les ha dado!
Si observáran cuánta sangre
un error puede costarnos,
si preveyeran tambien
que siendo los encargados
de absolver y condenar,
hay tan solamente un paso
de la justicia al rigor
sobre su frente marcado,
tendrian aquel asombro,
aquel terror, aquel pasmo
de Macbeth, cuando escuchaba
de los infernales lábios
«¡serás Rey!» y en el momento
cetro y corona arrojando,
huyeran por no abrasarse
con su fuego despiadado.
Pero por felicidad
yo nunca á puesto tan alto
debo subir; ese peso
de mis hombros ha quitado
Dios, y las gracias le rindo
por su favor soberano.

SC. Vuestro sólio, Juana Grey,
es mas alhagüeño y grato;
sobre vuestra alma inmortal
debeis reinar.

A. Y el Dios santo
(*mirando à Guilfort.*)
hace que en su corazon
reine tambien.

OR. Mis amados
hijos, en cuanto la noche
sus sombras vaya ensanchando,
se efectuará vuestro enlace
sin pompa, sin aparato,
porque de toda Inglaterra
quiero que sea ignorado.

J. Y por qué asi?

R. Es un deber.
Vuestros padres, que en mis manos
os pusieron, Juana Grey,
plenos poderes me han dado
sobre vos.

ASC. Mas de la Reina
ofender al Soberano
poder es...

NOR. Teneis razon.

GUIL. Y cuál es la causa?

NOR. Arcanos
son que el cielo tiene ocultos,
mas descubriránse al cabo.
Tu pura frente, hija mia,
vé con guirnaldas orlando.
Entrégate sin temor
al placer sublime y casto
de tu amor, que yo á mis hijos
con pasion los idolatro,
velo sobre ellos, y quiero
hacerlos felices á ambos.

ESCENA III.

Dichos, un PAGE *de la* REINA.

PAGE. Un mensage de la Reina.

NOR. Ya le esperaba.

JUA. Veamos. (*tomándole.*)
»Antes de hacer nuestra entrada en Lóndres,
»donde debemos ser coronada, nos detendre-
»mos un dia en vuestro delicioso Castillo de
»Dorset, querida prima. El Duque de Northum-
»berland que ya está instruido de nuestras in-
»tenciones, irá á esperarnos en él. Dispensad-
»nos si turbamos vuestros estudios, pero me
»parece que será un feliz preságio para el rei-
»nado que vá á comenzar, pasar algunos momen-
»tos mas á vuestro lado, Maria Tudor.»
La Reina se dignará
con su real presencia honrarnos?

PAGE. Antes que se acabe el dia
estará aqui.

NOR. Retiraos. (*vase el Page.*)

JUA. Nada me dijisteis!

GUIL. Padre,
ya vá á sufrir un retraso
nuestro matrimonio.

NOR. No,
hijos mios, al contrario;
el billete de ese Page
mas bien me hace apresurarlo.

GUIL. Y como hemos de ocultar
á la Reina..?

NOR. Yo me encargo
de todo; á las doce en punto
un sacerdote esperandonos
estará en una capilla
que hay en los subterráneos
del castillo.

GUIL. Y á las doce!

JUA. A las doce!

NOR. (Ya logrados
veo mis proyectos.) Hijos,
ya está el altar preparado.
Juana, mandad que á la Reina
con el esplendor y fausto
que corresponde á su clase
se reciba. Vos quedaos. (*á su hijo.*)

ESCENA IV.

Dichos, menos JUANA.

NOR. Amas á Juana, Guilfort?

GUIL. Si, la amo con desvario.

:

NOR. Con placer veo, hijo mio,
que es verdadero tu amor;
pero si quieres lograr
lo que asi tu pecho ansia,
obedece, y solo un dia
déjame en silencio obrar.
Vacilas... dudas ahora!...
GUIL. Como ignoro...
NOR. Oh Dios! detente:
di, ¿no sabes, imprudente?...
GUIL. Qué?
NOR. Que la Reina te adora?
GUIL. Padre, asi me lo he temido.
NOR. Yo de seguro lo sé,
y quizá un dia alenté
su fuego que arde escondido;
pero cambié de proyecto,
dictamen mejor seguí,
y esta misma noche, si,
tendrá el matrimonio efecto.
Mas con tal sigilo y arte
que no pueda descubrillo.
Hoy llegará á este castillo.
GUIL. Si, pero mañana parte
para With-Hall.
NOR. Su mansion
será corta: me han contado
que un mensage te ha encargado.
GUIL. Si, conoce mi adhesion,
y sabe que siempre fiel
y leal le he de servir.
NOR. Calla.
GUIL. Qué quereis decir?
NOR. Has visto á Lord Arundel?
GUIL. Si.
NOR. Conoces su intencion?
O nada te ha descubierto?
GUIL. De qué?
NOR. Arundel da por cierto
el que esa coronacion...
GUIL. Nada dijo.
NOR. Dejame.
GUIL. Pero señor...
NOR. Basta ya:
Guilfort, esperando está
Juana.
GUIL. Padre, por mi fé
que al oiros me parece
que se aproxima un momento,
en que minado el cimiento
el trono desaparece.
La sospecha viene á helar
mi valeroso vigor,
y un huracan destructor
oigo á lo lejos bramar.
Nuestro jóven rey ha muerto,
y al morir, el desdichado,
su real herencia ha dejado
á solas y á descubierto...
Si su antorcha la ambicion
levanta humeante y roja,
en su furor quizá escoja
por victima á la nacion.
Aun la diadema dorada
no ha recibido Maria,
y está lejos, quizá, el dia
de mirarse coronada.
Todo tiende á retardar
que ocupe el brillante puesto;
decid, padre mio, de esto
qué es lo que debo pensar?
NOR. Tu pensamiento no quiera
descubrir nada, Guilfort;
si quieres lograr tu amor,
ha de ser de esta manera.

ESCENA V.

NORTHUMBERLAND.

Crezca la llama del amor sagrado
en vuestro corazon; la inesperiencia
gozad, Juana y Guilfort, de vuestro estado
á ese precio os conservo la inocencia.
No sepan, no, qué mano me ha guiado;
no sepan de mi pecho la vehemencia,
mis designios ignoren todavia,
su tímida virtud se espantaria.
Faltos estan del vívido ardimiento
conque mi corazon late y se agita,
solo en su amante y tierno pensamiento
la voz de su pasion constante grita.
Amar es su ilusion y su contento,
la flecha de cupido los incita,
y al rendirse á su mágico abandono
mas se levantan al brillante trono.
Mas se levantan, si, y á tanta altura
que sin saber el curso de su vuelo
del hondo de la triste sepultura
un brazo real los alzará hasta el cielo.
Pobre rey! infelice criatura,
tu cumpliste mi afan, mi altivo anhelo,
y al espirar, tu moribunda mano
puso en la mia el cetro soberano.
El brazo de la muerte despiadada
cuando cruel te hirió, rey inocente,
te sepultó en el fondo de la nada
y una diadema real puso en mi frente.
Cuando la hora del triunfo sea sonada
yo mi derecho mostraré patente,
y entonces yo descubriré el misterio
á la asombrada faz del hemisferio.
Y en el trono potente de Inglaterra
quiere Maria colocar su planta?
No, que la sangre adúltera que encierra
no dá tanto poder ni gloria tanta.
Caida su ambicion, verá por tierra
al par que Juana altiva se levanta,
que yo para apoyar mi audaz intento
tengo del niño rey el testamento.
Y cuando ya su púdica cabeza
ciña la real corona, cuando el dia
llegue en que con aplausos la nobleza
celebre la derrota de Maria,
tu guiarás la mugeril flaqueza,
tú rey serás, Northumberland confia,
que el monarca infeliz que el pueblo llora
nombra á Juana del reino sucesora.
Si, todo mio es; el soberano
cetro de Juana porque asi lo quiero.
Ella disfrutará del nombre vano
y yo seré el monarca verdadero.
Ya veo por el férvido Océano
mis navios hallar facil sendero,
á la par que esos nobles tan potentes
por llegar á mis pies alzan sus frentes.
Pero la Reina viene: apresta, Juana,
esplendidez, rumor, luces, orquestas,
justo es al recibir la Soberana

que haya zambras, y víctores y fiestas.
Tambien de Eduardo á la gentil hermana
Northumberland tus víctores aprestas,
que vá radiando espléndido y divino
el refulgente sol de tu destino.
(*ya es de noche: el castillo se ilumina con las antorchas de la comitiva de la Reina.*)

ESCENA VI.

Dichos, la REINA, JUANA GREY, GUILFORT, ASCHEM, *señores de la corte y damas de la Reina, escuderos y pages con antorchas.*

REI. Juana me rinde homenage
como súbdita leal,
y yo no esperaba menos,
Duque, de su lealtad.
Que mármoles tan preciosos,
que mansion tan celestial,
bajo la inspeccion del genio
renace la antigüedad;
esta perfecta armonia
quién ha sabido arreglar?
Vos, Ladi Juana...
UA. Señora...
REI. Os conociamos ya,
que vuestro maestro lecciones
nos dió tambien, y en verdad
como vos no las supimos
aprender ni aprovechar.
UA. Señora, yo no soy digna
de esas pruebas de bondad.
REI. Mas mi padre, mi maestro
fue en el arte de reinar,
mi padre que me conduce
del régio solio al umbral.
Yo bien sé que la Inglaterra
comienza ya á murmurar,
y está buscando en mi faltas;
pero mi armadura real
está bien templada, si,
y si prosigue tenaz
la murmuracion, y quieren
contiendas, las hallarán,
que vuestro apoyo, Milores,
creo no me ha de faltar.
Murmuran que me abandono
á escesos de cristiandad,
mas todo de aspecto cambia
el pie en el trono al fijar.
Sin apartarse del cielo
su diadema no pondrá
la Reina, mas que en su frente,
no de ofrenda en el altar.
Y de los cultos rivales
el ímpetu enfrenará,
y tendrá con sus doctrinas
consideracion igual.
:. Y no olvidareis tampoco
que el trono régio heredais,
y con el trono tambien
la sagrada libertad
de una nacion, cuyo gérmen
tiene en sus creencias ya.
Si Roma su escomunion
nos amenaza lanzar,
debeis...
Por vuestros consejos
la Reina gracias os dá;
pero de asuntos tan graves
no es conveniente tratar
en este instante; dejemos
todo eso para With-Hall,
no se entristezca la fiesta;
la grata hospitalidad
que en Dorset he recibido
pagar no quiero tan mal.
Lord Guilfort, vuestro mensage
habeis cumplido?
GUIL. Ya está,
señora.
REI. Bien: retiraos...
(*á su comitiva, sentándose.*)
Venid, os tengo que hablar. (*á Guilfort.*)
GUIL. Señora ..
REI. Si, es vuestro celo
Lord Guilfort, noble y leal:
Milord, quiero que mañana
á mi palacio vayais,
delante la corte entera
un encargo os he de dar.
Yo en vuestras manos pondré
un mensage del que estan
pendientes dos reinos vastos,
y mi corazon aun mas.
GUIL. Reina!
REI. Nuestros caballeros
terribles celos tendrán,
pero qué importa, esa es
nuestra régia voluntad,
y puesto que tantos son
uno habia de lograr...
GUIL. El interes del Estado
y el vuestro siempre serán
sagrados.
REI. Esa palabra
suena en mis oidos mal
y no la comprendo bien,
tiene tanta frialdad!
Será posible que vengan
á nuestras plantas á hablar
con esa veneracion
conque el sacerdote está
alzando sus santas preces
en las áras del altar?
Ni una palabra siquiera
de cariño... aun de amistad
ni una sola... Yo, Guilfort,
mas me debia esperar
de vos, que venis á hablarnos
con un corazon leal.
Hoy estamos en Dorset.
GUIL. Y mañana estenderá
With-Hall sobre el aureo trono
con régia solemnidad
el manto altivo de púrpura
que vais, oh reina! á pisar.
REI. Mas me place de estos bosques
la sombrosa soledad;
dejadme de su hermosura
algun tiempo disfrutar.
Mañana á reinar iremos,
que hoy la inalterable paz
de esta mansion me detiene;
feliz el que en ella está,
y sabe que de su asilo
no ha de apartarse jamás.
GUIL. Tanto os agrada?

REI. Si, llenos
de mil recuerdos están
estos parques, estos bosques.
GUIL. Mas ningun recuerdo igual
será al que deje la reina.
REI. Hablais, Guilfort, de verdad?
GUIL. No lo dudeis.
REI. Bien; decidme,
de mi prima qué pensais?
GUIL. Que de sus padres el nombre
es muy digna de llevar.
REI. Y las lecciones de Aschem
mas perfectas nos la harán,
milord, yo amo á Ladi Juana,
y ha resuelto mi amistad
dotarla.
GUIL. Y quién es mas digno
de vuestro amor? En su faz
se retrata de los cielos
la hermosura angelical.
REI. Hablemos de vos, milord.
GUIL. De mi?
REI. Os quiero consultar:
mi mano quiere el de España;
de este enlace qué pensais?
GUIL. Permitidme...
REI. No, milord,
no imagineis escapar
ni eludir vuestra respuesta,
mi nobleza me dará
su parecer, vos primero,
antes que ninguno hablad.
GUIL. Señora, la diplomácia
es traidora, y no será
mi boca la que pronuncie
mas que acentos de verdad.
Ese enlace no conviene
á la nacion, si á efectuar
le llegais... Temed, oh reina,
su grande poder, temblad.
Dos mundos rinden tributo
á España, y su colosal
poder si cae sobre el reino
en los mares le hundirá!
REI. (Oh dicha!)
GUIL. No que á mi patria
niegue el valor natural;
hija del norte, aun conserva
aquel heroismo audaz
de Alfredo el grande.
REI. Guilfort,
vos con sensatez hablais,
no temais, que la Inglaterra
tal yugo no sufrirá,
y no ha de doblar el cuello
nunca al español dogal.
Nobleza bizarra tiene,
hijos bravos por demas,
en cuya sien la corona
mayor esplendor tendrá!
Yo cumpliré mi deseo
y mi régia potestad,
entre sus nobles valientes
un esposo elegirá.
Podré asi de la nacion
el interes conciliar
con el amor; de ese sueño
femenil quizá os burlais?
GUIL. Burlarme, señora, el mio
seria, si yo á reinar
hubiera sido llamado.
Hay cosa mas celestial
que en la cabeza adorada
la diadema colocar,
y ascender hasta sus brazos
al objeto...
REI. Basta ya. (*con dulzura.*)
Guilfort, me habeis comprendido.
(Cabe mas felicidad,
que la mia..? soy amada!)
GUIL. Ya la hora cercana está.
(*dan las doce á lo lejos en el reloj del castillo.*)
Las doce!
REI. (Me ama! Me ama!)
GUIL. (Me esperan en el altar!
Oh! Tuyo soy, Juana mia!)
REI. Dadme la mano.
GUIL. Tomad.
REI. Digno de tales honores
por su noble calidad,
mi carta al Emperador
Lord Guilfort entregará.
Mas se hace tarde, señores,
marchemos á descansar.
(*todos se inclinan la Reina pasa por medio conducida por Guilfort*=CAE EL TELON.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

JUANA, GUILFORT.

JUA. Ven, sentémonos aqui
grato iman de mi alvedrio,
mi Guilfort! Oh Guilfort mio,
que dulce es llamarte asi!
GUIL. A tus pies...
JUA. No, que mi esposo
mi amante labio te nombra,
ven á sentarte á la sombra
de este sauce tan hermoso.
Junto á ese claro arroyuelo
oye los acordes suaves
que al viento sueltan las aves,
mira el resplandor del cielo,
y al abrasarte en las llamas
de este delirante amor,
repíteme, mi Guilfort,
que eres mio y que me amas.
GUIL. Pues tanto amor en ti impera,
hechizo de mis hechizos,
déjame besar los rizos
de tu hermosa caballera.
Deja que imprima en tu tez
de mis labios el ardor,
¡que hermosa estás, blanca flor,
con tu grata palidez!
JUA. Escúchame, amado mio;
de infinito encanto llena,
hay una voz que enagena
el alma y el alvedrio.
Tan divino es su sonar
que conmueve nuestro ser,

voz inefable que ayer
no podia pronunciar.
De tan plácidos concentos
que cuando suave se agita,
el dulce cántico imita
de los melodiosos vientos.
Música vaga que hiende
las celestiales regiones,
que encanta los corazones
y el ánimo nos suspende.
Que en feliz delirio embarga
los anhelantes sentidos,
y del pecho los latidos
con el placer aletarga.
Voz que plácida murmura
con suavisima inquietud,
eco santo del laud
que pulsa Dios en su altura?
Di, quieres saber, Guilfort,
que voz es la que nuestra alma
sumerge en dichosa calma?
Es amor, amor, amor.
Ese es el divino acento,
esa es la voz celestial,
sempiterno manantial
de placer y de contento.
Con todo mi corazon
te adoro, Guilfort, si, si,
tierna y sensible, de alli
nace mi firme pasion.
Siento volar de mi seno
el alma, y en blando giro
va en un amante suspiro
al cielo puro y sereno.
Ah! qué de la vida sabe
quien como yo nunca amó!
Gozar no es posible, no,
dicha mas cumplida y suave.
Ayer encerraba en mi
mi ardorosa simpatia,
Guilfort, porque no podia
como hoy puedo hablarte asi.
. Al oir tu acento amado
quién no te idolatra, hermosa?
El dulce nombre de esposa
ayer tu labio me ha dado,
y aunque en cariño y ternura
esotro quizá bien vale,
no creo que á este le iguale
en encanto y en dulzura.
Quién te mira y no te adora?
Fuera eso hacerte un agravio.
Quizá me llame tu labio
dentro de poco, señora.
eñora, cruel instante!
ontenerme no podria;
un delante de Maria
é Guilfort, mi tierno amante.
h! que gozo tan profundo
l nombre de esposa encierra!
Si, delante de la tierra,
elante de todo el mundo
sposa te llamaré,
sposa del corazon,
á la reina nuestra union
oy mismo descubriré.
h! yo no sé en que consiste,
e asaltan temores...
Vanos.

JUA. Ay! al unirnos las manos
estaba tu padre triste...
GUIL. Deshecha tu amargo duelo;
pesares Juana! Eso no,
que negra sombra anubló
el sol de tu hermoso cielo?
Cuando en el altar estabas
una diosa parecias,
y cuando en las manos mias
tus manos entrelazabas,
cuando con puros sonrojos
la vista al suelo llevaste,
Juana, quizá te abrasaste
en el fuego de mis ojos.
Si, yo vi, flor bendecida,
á quien solo puedo amar,
por tu mejilla surcar
una lágrima querida.
Y entonces hizo mi amor,
encantadora muger,
en tu noble frente ver
de una diadema el fulgor.
JUA. No digas eso.
GUIL. En la tierra
quien cuál tú la merecia?
Reina mejor que Maria
debes ser tú de Inglaterra.
JUA. Ah! calla por compasion,
esas ideas oculta,
¿sabes en dónde sepulta
la desfrenada ambicion?
La Reina! Ves? Por castigo.
GUIL. Tras de tan corto momento
me dejo mi pensamiento
y mi corazon contigo. (*vase.*)

ESCENA II.

JUANA GREY, *la* REINA. *La* REINA *hace señas á las damas y á los Lores para que no la sigan.*

JUA. La Reina! á sus miradas ocultemos
la turbacion que la ventura causa,
mi dicha no es de aquellas que se fundan
en los aplausos de la gloria humana.
REI. Ah! sois vos, Ladi Grey? Quizá os estrañe
que tan temprano á visitaros salga?
JUA. Al detener en sitio tan humilde
vuestra real magestad la régia planta,
feliz dia inaugura.
REI. Ese castillo,
ese lago, esas selvas solitarias
donde el orgullo y la ambicion del mundo
sumisos tiemblan y medrosos callan,
plácenme mas que el ruido tumultuoso
que en derredor del trono me acompaña.
Vos sin duda ignorais que vil acecha
el fastidio el dosel de los monarcas,
y que tenaz se lanza tras nosotros,
y siempre, en todas partes nos alcanza...
¿No hablan de eso tal vez vuestras lecciones?
JUA. Ah! no creais, señora, que mi infancia
se armó contra peligros de ruin precio,
á otras ideas sometida el alma
desprecia tan potentes enemigos,
con la sabiduria resguardada.
REI. Veo con gusto que mi prima es grave,
cosa en su edad, por cierto, bien estraña;
su corazon la ciencia ha madurado;
pero es jóven al fin, y al fin la llama

brota en su pecho de la inquieta vida;
no temas á la Reina, habla, habla,
muéstrame los tesoros que se encierran
en tu pecho; que yo, querida Juana,
al pagar tus favores con cariño
merezco se me trate con confianza.

JUA. El respeto!...

REI. El respeto! no! á mi lado
siempre escuchando estoy esa palabra,
despiadados vasallos se complacen
en arrancar al Rey la flor sagrada
de la amistad; ¿acaso hemos cesado
porque un dosel al mundo nos enlaza
de amar y de sentir? Oh! si supieras
¡cuánto un ardiente corazon que ama
teme del régio trono el aislamiento!
Hasta el áureo dosel no se levanta
el acento de amor, acompañado
con la tierna inquietud de la esperanza.
Eterna soledad! Hasta la tumba
que estéril é infecundo llanto baña.
Pero no me comprendes?

JUA. No he sentido
nunca desdicha tal; pero me pasma
su imágen horrorosa; ¡qué tormento!
¡qué pena debe ser no ser amada!

REI. Os he dicho eso yo?

JUA. No, mas el rostro
habla elocuente porque nunca engaña.

REI. Pues bien: puesto que el cielo ha concedido
el don de la prudencia á tan temprana
y tan voluble edad, sé de Maria
la íntima confidente, lee en su alma
y en este corazon, que ya no es suyo:
si en silencio sucumbe á la esperanza
el premio de su amor, si en solo un dia
todo el placer de su ilusion lozana,
toda la dicha del vivir apura,
ah! cómo gobernar nacion tan vasta
cuando un solo recuerdo en nuestro pecho
y en nuestro corazon impera y manda?
Que absorve el dia con imperio duro,
que en la noche con sueños nos abrasa,
que impone el yugo á los que dictan leyes,
que hasta en el manto real hunde su daga,
y el purpúreo carmin de la vergüenza
enciende en las mejillas soberanas.

JUA. Mas cuando tal pasion arde en el pecho
quién amado no es?

REI. Ay! no! que mata
una duda cruel cuando en la frente
una diadema fúlgida descansa!

JUA. Pero señal alguna no os demuestra
la verdad?

REI. Cuándo la oyen los Monarcas?
Y á quién consultarias?...

JUA. A mi pecho.
Oh! mi fiel corazon no me engañára.

REI. Niña feliz! la dulce poesia
te mece en los encantos de sus mágias
y sus sueños dorados.

JUA. Ah! señora!
sueños tiene tambien, sueños que abrasan.

REI. Tu amor es el estudio solamente
y solo á Dios dirijes tus plegarias,
no es cierto?

JUA. Si. (Guilfort, mentira horrible!)

REI. Dibujadas estan pureza y calma
en tu frente infantil. Si, yo en mi córte
te quiero presentar, y quizá añada
el placer del amor. . á esos placeres
que tu sublime estudio te depara,
y un esposo...

JUA. Señora!...

REI. Mas, qué veo?
Un ligero carmin tu frente cándida
colora... Qué motivo?...

JUA. Aqui, señora,
en este sitio está todo lo que ama
mi pobre corazon.

REI. Qué me habeis dicho?

JUA. Si, porque mi cariño en él os halla,
en él halla á la Reina poderosa
á quien un cetro altivo el Señor guarda,
y un esposo tambien en el que funda
su porvenir, su gloria y su esperanza.

REI. Si, Juana, si será; la noche umbria
que el horizonte régio me ocultaba,
húndese en el abismo de los tiempos
y su crespon fatídico desgarra.
Nada se opone á mi eleccion: conmigo
puede ascender del trono por las gradas
mi noble esposo; y mi grandeza propia...

JUA. Qué, señora... no es Rey?

REI. Eso pensabas?
Quién mas digno de serlo? Dios sin duda
me dejó tal mision encomendada.
Oh! qué bien sentará la real diadema
en su sien juvenil!

JUA. (Duda tirana!)

REI. Quieres saber su nombre? ¿di?

JUA. ¡Su nombre

REI. Quieres saber quien es á quien tanto am
mi ardiennte corazon?

JUA. Oh! cómo tiemblo!

REI. Solo á ti te lo digo, Ladi Juana.
Es Guilfort.

JUA. (Santo Dios!)

REI. Di, no merece
ceñir la áurea diadema soberana?

JUA. (¡Guilfort!)

REI. Mira cuán bello se descubre
el porvenir; sumisos y á mis plantas
la Inglaterra, y Guilfort, y confundidas
en una sola nuestras dos miradas;
lo comprendes ahora?

JUA. No.

REI. Es posible!
No tiene tanto amor eco en tu alma?
Un reinado mejor no se presenta,
porque yo le haré Rey.

JUA. Y si él rechaza
la corona?

REI. Cuán poco has conocido,
niña feliz, la condicion humana!
Sino me amára, el resplandor del trono
ciego le arrojaria ante mis plantas!
Ademas, él me adora, estoy segura;
con qué afecto ayer noche me miraba!
Yo le ví estremecerse, yo en sus ojos
ví todo el fuego interno en que se abrasa.
Su elocuente silencio me decia
mas de lo que pudieran sus palabras.
Si, si, no tengo duda, estoy resuelta,
yo mi esposo le haré, desde mañana....

JUA. Oh!

REI. Qué teneis?

JUA. Dejadme.

REI. Mas qué veo?
Qué conmovida estais! Os poneis pálida!
JUA. Por la prosperidad de Inglaterra,
por Guilfort y por vos rezando estaba.
REI. Si, tu inocencia al Dios de los mortales
cándida subirá, si, reza, Juana;
ahora déjame sola; el blando aroma
que exhalan esas flores delicadas,
el pausado murmullo de los árboles
que van meciendo las flotantes auras
quiero á solas sentir. Anda, me quedo
á mis meditaciones entregada.

ESCENA III.

La REINA *sola.*

Cuál te envidia mi pecho,
pùdica flor, que en el vergel nacida
de la cándida paz y la inocencia,
tu caliz no ha deshecho
con furia embravecida
del vendabal de amor la violencia!
Dulces y puras como el viento grato
de este ameno jardin, sus ilusiones
siempre castas, y bellas y tranquilas
no sienten, mundo ingrato,
despertar las pasiones
con el bálsamo suave que destilas.
Mas no: ven, ven, amor, ven en buen hora;
cual ardiente muger, quiero anhelante
caminar por tus inclitos despojos,
que mas el resplandor del sol brillante,
que el sosegado rayo de la aurora
ansian mirar mis ojos.
Mas quiero tus borrascas tumultuosas
y el continuo baiven de la fortuna,
y el perpétuo dolor de tus deseos,
que esas heladas dichas silenciosas
que destrozando van una por una
las flores de mis gratos devaneos.
Pero, por qué palideció á mi acento?
Juana Grey mi rival! Fuera locura
tal cosa imaginar; al régio asiento
nadie puede alcanzar; tanta es su altura.
Yo no tengo rivales,
y acaso huirá de mis amantes leyes
quien de mis manos reales
recibe la diadema de cien Reyes?
Lejos de mi, sospecha mal fundada,
no tengo duda ya, si, soy amada.
(*sienta junto á la estátua y toma el libro griego que está en el pedestal.*)
Versos de Ladi Juana. Sus dolores
cuán fugitivos son; llora amorosa
la pérdida tan solo de sus flores.
Pobre niña inocente y candorosa!
Jamás sentiste el álito encendido
de una pasion voraz.. Ah! ¿qué he leido?
«Mas porque tenga digna sepultura
»la que inhumano hirió noto bravio,
»descanse su fragancia y su hermosura
»en tu pecho, Guilfort, amado mio.»....
¡Insensata muger! Y no has temblado
de escuchar hasta el fin lo que imprudente
te reveló mi acento?
Desdichada de ti! Tú me has clavado
un puñal inclemente
en este corazon de amor sediento.
Venganza! Si, no esperes
ya compasion de mi; tú me engañaste;
con tu candor mentido me ofuscaste.
Indignacion! El elevado asiento
de qué me sirve ya? Sal en buen hora,
sal, aborrecimiento,
y préstame tu daga matadora,
y llegue pronto el dia
que alumbre la venganza de Maria.

ESCENA IV.

La REINA, JUANA GREY, GUILFORT, *señores y damas de la comitiva de la* REINA.

REI. Oh! señoras y señores,
habeis llegado á buen tiempo;
la poesia, ese arte
divino, que en nuestro reino
felizmente se cultiva,
es arte muy indiscreto,
que los misterios de amor
mil veces ha descubierto.
Muy pronto dejan de ser
arcanos los de los versos,
pues la antorcha de la musa
con sus brillantes reflejos,
los corazones demuestra
y todo lo que hay en ellos.
Sobre todo, ved, señores,
qué apasionados conceptos
se han escrito en este libro,
honrarian al mas diestro
poeta: Leed, Guilfort,
que vos debeis entenderlos.
GUIL. Señora....
REI. Venid, señores:
entre nosotros tenemos
al autor, firme el que sea:
Nadie firma?
JUA. Cómo tiemblo!
REI. Qué, ninguno de vosotros
se atreve á reconocerlos?
Sin embargo, la poesia
es de nuestra alma el espejo,
pura ó mancillada, en él,
ó buena ó mala la vemos.
No os atreveis á mirarla?
No os atreveis? Teneis miedo!
O de la noche mejor
apeteceis los misterios?
JUA. Ah, señora!
REI. Hablad, hablad,
Ladi Grey.
JUA. Callarme debo.
REI. Con mas placer á Guilfort
confiareis este secreto,
no es verdad?
GUIL. (*colocándose entre las dos.*)
Basta señora:
yo la respuesta dar quiero:
por mas potentes que sean
de la Reina los derechos,
los de la inocencia tienen
mas elevado su puesto.
No he de permitir, señora,
ya que sus pesares veo,
que se prolongue el dolor
terrible que está sufriendo.
El respeto que se debe
á los reyes no es el miedo,
por eso yo en su presencia
los acato, no los temo.

Si de ellos es la corona
nosotros honor tenemos,
y mas quiero yo cien veces
arriesgar solo mi cuello,
que marchitar su virtud
con un infame silencio.
El alma de Ladi Grey
es un altar casto y bueno,
donde solo ardió la llama
de un purificado incienso.
Milores, para impedir
cualquier insulto de celos,
una palabra tan sola
quiero decir.

JUA. Dios eterno!
tente, Guilfort!

GUIL. Es mi esposa.

REI. Su esposa!

JUA. Divinos cielos!

GUIL. Es mi esposa, si, lo juro
en presencia del Eterno:
quién de vosotros, señores,
será tan mal caballero
que se atreva á calumniarla..?
Si le hay... le insulto, le reto,
y cuerpo á cuerpo conmigo
que venga á medir su acero.

REI. (Traicion!)

JUA. Vedme á vuestras plantas;
perdonadme si he dispuesto
de mi pecho, sin contrr
con vuestro consentimiento.
Si al trono ofendi, señora,
oh! caiga el castigo fiero
sobre mi, pero á Guilfort
perdonadle, yo os lo ruego.

REI. Yo pretendia elegiros (*alzándola con ironia.*)
marido, señora, y dueño,
que estais muy cerca del trono
y este tiene sus derechos.
Pero vos sin advertirme
otra cosa habeis dispuesto,
y vos Reina en hermosura,
habeis festejado á un tiempo
mi llegada á este castillo
y tambien vuestro himeneo.
Imprudente habeis andado: (*bajo.*)
si escuchabais mi secreto,
porque mis labios, miladi,
no cerrasteis al momento?

JUA. Señora...

REI. Mas Ladi Grey (*mas bajo.*)
renunciará por lo menos
á justificarse ahora;
descubrir tales misterios
era añadir otro crimen
á delito tan horrendo.
No me marcho todavia,
Ladi Grey, ya nos veremos.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Una sala del castillo; un trono á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

El DUQUE, GUILFORT, CRANMER, PALMER, *señores y grandes de Inglaterra.*

GUIL. Cuanto habeis tardado, padre!
quizá ignorais que la reina...

DUQ. Todo lo sé.

GUIL. Está ofendida
de mi alianza secreta,
y que piensa castigar...

DUQ. Hijo mio, nada temas,
apagaremos el fuego
de su insensata soberbia.
Qué está haciendo?

GUIL. Está encerrada,
y ha dado órdenes severas
para que no la interrumpan.

DUQ. La interrumpirá por fuerza
la tropa de mis amigos
que tomará tu defensa.

GUIL. Un motin! tal no está bien
oh! padre! á nuestra nobleza!
La fuga es solo el remedio
que para salvarnos resta.
Huyamos de su furor.

DUQ. Y nuestro resguardo sea
con la elevacion al trono
el brillo de la diadema.

CRAN. Qué decis?

PAL. Que estraño arcano!..

DUQ. Juana es Reina de Inglaterra.
Leed, señores, leed,
la disposicion postrera
de Eduardo; desde el sepulcro
alzando la frente régia,
lanza sobre sus hermanas
fulminador anatema.
El adulterio rompió
la corona en su cabeza,
las hijas de Enrique octavo,
en su escudo de armas llevan,
la vergonzosa señal
de su dudosa ascendencia.
Enemiga se declara
de Maria Europa entera,
el parlamento tambien
en favor nuestro se apresta,
y se junta á mi partido
lo mejor de la nobleza.
Halifax en nuestras filas
con diez mil soldados entra.
Maria en este palacio
ha quedado prisionera;
en él verá derrumbarse
su poder y su grandeza.
Suffolk en este momento
discordias en Dublin siembra,
y todo responde y se alza
al grito de independencia.
Mas concluyamos, señores.

PAL. Si, ninguno titubea,
del trono de Eduardo sesto
sea Juana la heredera.

DUQ. No esperaba menos yo.

CRAN. Dios la nombra nuestra Reina,
y su cetro arrojará
el cetro de Roma á tierra.

GUIL. Aqui viene.

DUQ. Retirarnos
por ahora será fuerza.
Prepárala tú, hijo mio.

GUIL. Yo!

DUQ. Si, tan honrosa empresa
á ti te está encomendada.

Aschem entre dos potencias
prefiere quedar neutral;
él buena persona fuera,
pero mejor tus recursos
vencerán su resistencia.

ESCENA II.

GUILFORT, JUANA.

JUA. Al fin te encuentro, Guilfort;
mi turbacion va creciendo,
pues todo lo que estoy viendo
es triste, amenazador.
Armas he visto brillar
en las vueltas del jardin,
no hallo á tu padre, y al fin
no pude á la Reyna hablar.
GUIL. Alza tu frente serena
sin rubor ni mancha alguna
que cerca está la fortuna,
lejos la borrasca suena.
Alzalá, adorada mia,
porque destrozada ves
y arrastrándose á tus pies
la grandeza de Maria.
JUA. Cielos! Tu acento me aterra!
qué significa ese tono?
GUIL. Que eres señora del trono,
que eres Reina de Inglaterra,
y que conforme á la ley
dada por los soberanos,
ha puesto el cetro en tus manos
al morir el niño rey.
JUA. Oh! que red me habeis tendido!
Por qué mi llanto insultais?
Qué os he hecho que asi clavais
en mi pecho dolorido
un acero matador!
No es mejor, querido esposo,
aquel desvario hermoso
de nuestro feliz amor?
Pero si todo es verdad,
dejadme llorar al menos
aquellos dias serenos
de tanta felicidad.
GUIL. La sangre de Enrique, Juana,
no dice á tu corazon...
JUA. Solamente la razon
dicta esa voz soberana,
y del sepulcro sombria
sale pavorosa, austera,
á decir que la heredera
del trono solo es Maria;
que ella es la Reina tan solo,
que á Eduardo se sorprendió,
y cual niño sucumbió
á la astucia sino al dolo.
GUIL. Ah! cuando el pueblo te nombre
entonces accederás.
JUA. El pueblo sigue quizás
siempre la voz de un solo hombre.
GUIL. Pero si Dios te eligió...
JUA. No, no, Guilfort, me resisto.
Dime, ¿cuándo al cielo has visto
que al delito protegió?
No, yo no acepto esa altiva
corona, ni el régio asiento,
y hasta el mismo parlamento
llevaré mi negativa.
GUIL. Tu negativa!
JUA. Guilfort,
buscad alma mas gloriosa,
que el alma de vuestra esposa
solo quiere vuestro amor.
No encontrareis en la tierra
ambicion? Persona habrá
que el cetro recibirá
de la gloriosa Inglaterra.
Vos aceptasteis por mi,
yo no acepto.
GUIL. Juana mia!
JUA. No, no; el trono es de Maria.
GUIL. Ay, tú nos pierdes asi;
no es posible detener
ya nuestro paso, marchemos,
Juana, cerca el trono vemos
ea, á morir ó vencer.
JUA. No.
GUIL. Mis palabras te animen,
te espera la magestad.
JUA. Oh! buscar la impunidad
en la grandeza del crimen!
GUIL. Los pueblos mal satisfechos
de Maria con razon...
JUA. No hablo de su corazon,
hablo, si, de sus derechos.
GUIL. Juana déjate guiar
si nos quieres proteger.
JUA. No, la justicia ha de ser
siempre mi norte y mi altar.
Si esa esplendente corona
de tantos ambicionada,
es una carga pesada
cuando el derecho la abona;
ay Guilfort! cuan grande fuera
su peso, cuan infinito,
si por manos del delito
en nuestra frente estubiera!
Y yo, gran Dios, dejaria
mi deliciosa mansion?
No es capaz mi corazon
de tan vil apostasia.
Y si quizá un tiempo llega
en que marchando al acaso,
dirijo mi débil paso
por el trono, errante y ciega.
Si grave riesgo levanta
su fiera impiedad traidora,
y veo acercarse la hora
del peligro que me espanta,
yo, Guilfort, te acusaré,
yo recordaré, Guilfort,
aquel delicioso amor
que por tu ambicion dejé.
GUIL. Toda esa felicidad
destruyes con tu porfia;
teme, teme de Maria
la rabiosa ceguedad.
JUA. Yo á la Reina buscaré
y si á sus plantas me arrojo,
para mitigar su enojo
palabras encontraré.
GUIL. Por mas que te humilles, Juana,
muy alta tu frente está,
y no nos perdonará
la celosa soberana.
JUA. Si es tan terrible mi suerte
al destino me abandono.
GUIL. Mas del cadalso y del trono

dime, que eliges?
JUA. La muerte!
GUIL. La muerte!
JUA. Si, que nos lleva
al trono la iniquidad,
y la generosidad
al cadalso nos eleva.
GUIL. Pues bien, Juana, cumple, si
lo que á tu virtud le cuadre,
morir verás á mi padre,
morir me verás á mi.
Y sufrirán igual suerte
tus valientes defensores,
que á tus fieles servidores
conducirás á la muerte.
JUA. Desventurada!
GUIL. Y tu vida
sacrificará traidora,
dueña absoluta y señora,
tu rival aborrecida.
JUA. Pero qué quieres al fin?
GUIL. Quiero que ciña tu frente
la diadema refulgente,
candoroso serafin.
Quiero ver que el mundo entero
reina y señora te nombra,
y que solo con tu sombra
se humilla su cetro fiero.
Y que el tuyo vencedor
se alza cual gloriosa palma,
al par que vierto en tu alma
olas de ferviente amor.
Y te da mi idolatria
mil encantos alhagüeños,
y tornar te hace á los sueños
de la dulce poesia.
JUA. Señor del cielo, Señor,
que tanto me concedeis,
cuando me lo arrebateis
dejadme al menos su amor.
GUIL. Ven al trono de Inglaterra
desde el sacrosanto altar.
JUA. Y si quereis castigar
castigadme á mi en la tierra.
GUIL. Muestra á los que ya esperando
están, tu régia persona.
JUA. Ya esa terrible corona
está mis sienes quemando.
Perdónale, Dios clemente.
GUIL. Lloras! afligido estoy.
JUA. No he de llorar..! Reina soy
y llevo sobre mi frente,
con la señal del delito,
un pensamiento mortuorio,
y ese título irrisorio
con manchas de sangre escrito.

ESCENA III.

JUANA, GUILFORT, DUQUE, CRANMER, PALMER, *señores.*

GUIL. Venid, Milores, la corona acepta.
CRAN. Imágen son de Dios los reyes buenos.
Dejad que á vuestros pies...
JUA. No, levantaos...
DUQ. Fuerza es que recibais los juramentos
de vuestros fieles súbditos.
JUA. Mis súbditos!
DUQ. Ya que no os oponeis, sin perder tiempo,
vé á Lóndres, hijo mio, y si murmura
y grita el populacho descontento,
los medios sabes de domar sus iras
y detener su furia.
GUIL. Os obedezco. (*vase.*)
DUQ. Vos procurad que nadie nos sorprenda;
(*á Palmer.*)
Ahora tomad el poderoso cetro,
colocad en su frente la corona, (*á Cranmer.*)
y por sus claros é inclitos derechos
hable el sagrado Dios por vuestros labios.
JUA. De las grandezas el abismo horrendo
(*de rodillas.*)
preséntase á mi vista, ya estoy pronta,
coronad á la víctima.
CRAN. Momento (*ap.*)
solemne. Dá á tu alma la grandeza
que generoso te regala el cielo,
desecha de ella cual delito horrible
las voces de un falaz remordimiento.
El todo poderoso te depara
el brillante dosel, sube sin miedo,
y lleva con vigor y fortaleza
de tal honor el magestuoso peso.
JUA. Perdonadme, señor!
CRAN. Castiga, absuelve,
defiende el santo altar, y el paso régio
tiende al alto dosel.
JUA. Si, ya mi planta
(*subiendo al trono.*)
dirijo sin temor, ya estais contentos,
mas solo Dios en mi lance sus iras
si su justicia soberana ofendo.
DUQ. Reina, desde el dosel (*de rodillas.*)
que nuestras manos
alzaron poderosas, con proyecto
de asegurar la dicha de la patria,
recibid los leales juramentos...
Mas que nos quiere Palmer?
PAL. (*entra precipitadamente.*) La Princesa
se dirige hácia aqui con el intento
de hablaros.
DUQ. Pero sabe ..
PAL. No, lo ignora.
DUQ. Juana, valor; quedaos en vuestro puesto.
JUA. Dios mio!
DUQ. No tembleis. Valga la audacia.

ESCENA IV.

Dichos, la REINA.

REI. Milord, el clandestino (*sin ver á Juana.*)
casamiento
de vuestro hijo, mi poder ofende
y la ofensa es mortal; castigo fiero
reservo á Juana Grey.
DUQ. Quién sois, señora?
Cuál es vuestro poder? Con qué derecho
hablais de castigar? A su presencia
doblad, Maria, el orgulloso cuello,
que vuestra Reina es.
REI. Qué es lo que miro?
DUQ. Veis ocupando el poderoso asiento
á la que en sus derechos apoyada
os arrebata el usurpado cetro.
Veis vuestra Reina, si, no vuestra víctima
REI. Estais soñando, Duque?
DUQ. Ved si sueño.
(*dándole el testamento de Eduardo VI.*)
REI. Cielos!
DUQ. Qué me decis? Quién es ahora
la súbdita y la Reina? Vuestro ciego

enojo con castigos deliraba
pero del fondo del sepulcro egrégio
levanta Eduardo el brazo poderoso
y vuestra magestad arroja al suelo...
REI. Eduardo! En dónde estoy?
DUQ. Entre mis manos
REI. No, todavia no.
DUQ. Ya mis guerreros
os cierran los caminos, y ya en Lóndres
alzan por Reina á Juana Grey.
REI. Qué es esto?
Lord Palmer, Schesbury, qué red infame
me tendeis?... Sois traidores; no lo creo;
la gloria de mi padre en vuestras armas
aun conserva su brillo puro y terso,
mancharlas no querreis, porque mi sangre
será señores su borron primero.
Responded á ese hombre, respondedle;
mas callados estais..? Ay! tengo miedo.
DUQ. Evitad tan ridículas protestas,
evitad tan inútiles esfuerzos,
vuestro inmenso poder cayó, señora.
REI. No, vive Dios! no á fé, con raudo vuelo
muy alto se alzará, mortal sentencia
romperá el maldecido testamento.
Aun me puedo vengar.
CRAN. La Reina es Juana.
DUQ. Y es mi hija tambien.
REI. Milord, á tiempo
entró en vuestra familia; á vuestro hijo
buen dote preparásteis, pero creo
que esa union misteriosa será nula.
PAL. La voluntad de Eduardo obedecemos,
la Reina es Juana.
DUQ. Y vos su prisionera.
REI. Niña!... la Reina tú! Levanta al cielo
tus ojos, y demanda por testigo
al Soberano Dios del universo.
JUA. Si, yo demando á Dios, y pido solo
para mi juez su tribunal supremo.
REI. Las lágrimas acerbas que derramas
estan esas palabras desmintiendo.
Sufre tu nombre vil de usurpadora
y encubre, niña, tu rubor al menos.
La Reina es Juana Grey! Verdad horrible,
ahora desnuda por mi mal te veo.
Tú armado con el acto mortuorio
que me derrumba del poder escelso,
verdugo de la hermana y del hermano
Rey y Señor, que á su último momento
asististe, responde: qué motivos
te le hicieron tener tan encubierto?
Eduardo le ha firmado! Si, no hay duda,
cuando en redor de su mortuorio lecho
apretaste su mano, débil, flaca,
con la tuya viril; cuando tu genio
ahogaba su intencion, tú le obligaste
á firmar; sin saber, el testamento
firmó; pero por fuerza, y tal violencia
cerca se halló del funeral silencio.
DUQ. Nuestros sacros derechos defendamos,
dos Reinas hay, sagaces observemos
el caracter de entrambas; ved, señores,
que una alimenta el matador veneno
del ódio y del rencor, en su alma fiera,
que al dogma atentará del gran Lutero;
y que en mares de sangre el fanatismo
las leyes ahogará de nuestro pueblo.
La otra, guiada por la mano recta
de la sabiduria, al alto templo
de la inmortalidad tenderá el paso,
y cual faro brillante de los cielos
encumbrará sobre la rica Europa
el glorioso pendon de nuestro imperio.
REI. (Luzbel cayó, mas al caer llevóse
á sus abismos la mitad del cielo.)
(*dando vueltas por la escena.*)
Palmer, Darcy, Bedfort, Sommerset, Cranmer,
qué me indica, gran Dios, vuestro silencio?
La muerte....
DUQ. (Puede ser.)
JUA. Entre mis manos
yo del poder la omnipotencia tengo?
CRAN. Si, Reina, le teneis.
JUA. Si el trono es mio
quiero usar de mis inclitos derechos.
Jurais obedecerme!
TODOS. Lo juramos.
JUA. Pues bien: libre ponedla en el momento;
yo no me informo si quizá algun dia
estaré en su poder, pero mas quiero
que una prudencia vil y temerosa
arrostrar un peligro con esfuerzo,
y si caigo á mi vez, nuestros vasallos
Reina clemente fué, dirán al menos.
DUQ. Señora!...
JUA. Si, Milord, por mis acciones
solo á mi corazon pido consejos,
régia diadema mi cabeza adorna,
Reina soy y obediencia es lo que quiero.
Seguidme.
DUQ. (Mis proyectos se han frustrado.
Yo detendré el impulso de su vuelo.)

ESCENA V.

La REINA.

Se fué! Desesperacion!
Y es impotente mi furia!
Y asi tolero la injuria
de su altiva compasion!
Yo bajo su proteccion!
Yo á su poder me abandono,
y cuando llena de encono
vengo con furia infernal
á humillarla, mi rival
está sentada en mi trono.
Oh! mas quisiera espirar
que no perder mi decoro,
y ver mi diadema de oro
otra cabeza adornar.
Juana, vamos á jugar
una arriesgada partida,
y pues que estoy ofendida
por mi malhadada suerte,
juego sin temer la muerte,
mi vida contra tu vida.

ESCENA VI.

La REINA, LORD SURREY.

REI. Sabes qué red me han tendido,
Surrey?
SUR. En este momento
supe el criminal intento,
señora, y me he estremecido.
REI. Conque guardo todavia
un amigo?
SUR. Siempre; si,
teneis un súbdito en mi.

REI. Gracias: yo bien lo sabia.
SUR. Su victoria es insegura.
REI. Qué dices?
SUR. El parlamento
es de ellos, mas descontento
el pueblo leal murmura;
segun acabo de oir
creo seguros no esten,
que el ejército tambien
se ha empezado á dividir.
REI. Ah! Vamos.
SUR. Son espiados
nuestros pasos con afan,
pero pronto llegarán
fieles amigos armados.
Pronto vereis á Arundel
con su tropa vencedora
lanzar á Juana, señora,
del usurpado dosel.
REI. Oh! si, la victoria es cierta
no he perdido la esperanza;
ay! si con voz de venganza
me oyen llamar á su puerta!
ay! si mi cólera estalla! (*ruido.*)
ay! si vence mi furor!
pero no oyes?
SUR. Qué rumor!
Se está dando una batalla.
REI. Si, que el pueblo ha revestido
ya su armadura de acero,
y alza triunfador y fiero
mi dosel enaltecido.
Oh! dichoso del que venza!
alienta, grata esperanza;
ya está cerca mi venganza,
ó mi oprobio ó mi vergüenza.
Ay! esos golpes lejanos
cuéntalos el alma mia.
Si, Juana Grey y Maria
han venido ya á las manos.
El Señor decidirá,
él nos alza ó nos abate;
pero despues del combate
siempre un trono quedará.
Angel esterminador,
de Dios mensagero ciego,
tiende tus alas de fuego
y tu álito destructor.
Yerma la fecunda tierra
con tu guadaña cruel,
y déjame á mi el dosel (*crece el ruido.*)
de la potente Inglaterra.
Mas la lucha se encarniza,
el mundo á si se destroza,
ay! cómo mi pecho goza
y cómo se martiriza!
Triunfante de mi rival
yo abriré su sepultura,
dejando de su hermosura
un cadáver por señal.
A mi furor me abandono
porque es justo mi furor,
con quien me roba mi amor
y me derrumba del trono.
Sufra su terrible suerte,
yo mi cólera mantengo, (*cesa el ruido.*)
porque asi gozo, asi vengo
su compasion con su muerte.
Pero ha cesado la lucha,
cielos! saldré vencedora?
No oyes nada?
SUR. No señora.
REI. No importa: Surrey, escucha.
Ese silencio me aterra,
Oh! incertidumbre tirana!
O á la tumba voy mañana
ó Reina soy de Inglaterra.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO,

(La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

LORD SURREY, LORD DAVISON, *despues la* REINA.

DAV. Triunfamos.
SUR. La gran ciudad
avanzó con paso fuerte,
aunque sonó todo un dia
el cañon de los rebeldes.
Entramos hoy vencedores
de lauro ornadas las sienes,
en el aposento mismo
do vasallos insolentes
presa á la Reina tuvieron
entre sus traidoras redes;
Northumberland en el campo
de batalla halló la muerte,
su ejército está deshecho,
Juana y Guilfort presos vienen
á pagar con su cabeza
sus intentos delincuentes.
Con el parlamento luego
vendrá la Reina, pues quiere
que en este paraje mismo
den su sentencia los jueces.
REI. (*entra seguida de las guardias.*)
Dios lo decidió, Surrey.
No quiero ser indulgente;
vea mi venganza el sitio
que vió su traicion aleve.
Yo trasformo en tribunal
ese dosel insolente,
á los que ayer me humillaron
yo humillaré con las leyes,
y otra vez nos miraremos
cara á cara y frente á frente.
Pero de lugar cambiando,
y Juana tendrá que verse
á los pies de la muger
que de tal modo aborrece.
Yo subiré por sus gradas
de acero armada la frente,
el corazon insensible,
cruel, magestuosa y fuerte.
Imparcial seré, Surrey,
que mi lábio no se mueve
para el castigo ó perdon,
la ley dá lo que merecen.
Yo guardaré para ella
todo el veneno que vierte
mi furor, todo el enojo
que por mis venas se enciende.
SUR. Pero sin Guilfort, señora,
condenarla no se puede.
REI. Calla, calla.

SUR. Es la verdad.
La justicia recta siempre
sobre los dos criminales
su sagrada vara tiende.
REI. Guilfort... no, no, es imposible.
SUR. La ley asi lo requiere.
REI. Tienes razon, y he hecho bien
en andar yo tan prudente;
ya no se halla en Inglaterra.
SUR. Ha huido!
REI. Mi lábio quiere
decirtelo todo, si,
yo le libré, de tal suerte,
que ya le llevan á Francia.
(Mi loca pasion me vence.)

ESCENA II.

Dichos, EVERARDO.

EVE. El parlamento á este sitio
se dirige.
REI. Al punto que entre. (*sube al trono.*)

ESCENA III.

Dichos, *El* LORD CANCILLER, *El* PARLAMENTO.

REI. Sentaos, milores: con placer he visto
de muchos de vosotros las protestas,
contra el vano poder que solo un dia
bastante fué para arrojar por tierra.
Para absolver ó castigar os llamo;
la integridad del juez hace la fuerza
del monarca. Mis inclitos derechos
sufrir no pueden la menor ofensa,
sin cometerse un sacrilégio: el sólio
es el sosten potente de la iglesia.
En fin, contra un altar luchaba un trono,
ay del vencido en tan infanda guerra!
Ahora que venga la culpable; trato
que tome su maestro su defensa.

ESCENA IV.

Dichos, JUANA, ASCHEM, *soldados*.

REI. Llegad y alzad los ojos. Os deslumbra
por ventura el fulgor de mi diadema?
Ayer la vuestra fué; quizá ignorabais
que si movia su voluble rueda
la fortuna, muy cerca de la muerte
está la magestad y la grandeza,
y que empuñar el cetro, era al cadalso
subir, del trono real por la escalera.
Mas no queremos avanzar un juicio
que los jueces quizá nunca profieran,
y yo tal vez con sentimiento oiria
sobre vos recaer tan cruel sentencia.
Juana Grey en el dia de su triunfo
no pidió mi corona y mi cabeza,
su timidez me conservó la vida.
Tan noble accion agradecer es fuerza.
Ahora, imparciales pronunciad el fallo,
sentenciada no estais, si prisionera.
(*á Juana.*)
En tan graves debates, la ley solo
absoluta, imperiosa, manda y reina,
mi ajada magestad quedará muda
de su sagrado nombre en la presencia.
Que perdoneis ó condeneis, nosotros
siempre siguiendo la justicia recta,
castigaremos la ambicion de Juana
que osó ceñirse la corona régia.
Romperemos tambien el testamento
causa de tal baldon y tal ofensa,
la ley obedeciendo; el cielo mismo
por nosotros está, que en la refriega
Northumberland murió; castigo santo
que la justicia del Señor demuestra,
y aunque su hijo Guilfort rompió sus hierros..
TODOS. Guilfort!..
JUA. Gracias, mi Dios, muero contenta.
SUR. Juana Grey, de la sangre derramada
debe cuenta rendir á la Inglaterra.
ASC. Reina... me permitis?..
REI. Sin duda alguna.
Hablad, Aschem, hablad, vuestra elocuencia,
vuestro talento servirán de mucho
á Juana Grey, hablad.
ASC. No se avergüenza,
señora, mi virtud de haber guiado
los pasos tiernos de su edad primera,
y seguido despues el noble vuelo
que tomó su feliz inteligencia,
aunque hubiera su planta dirijido
al cadalso, señora; aunque tubiera
en el solemne trance de la muerte
que exhortarla á morir, mi voz paterna...
¡Morir tan jóven, tan hermosa y pura,
morir en una edad tan santa y bella!
No es posible, no hay jueces tan tiranos
que dicten esa bárbara sentencia.
Morir ella! ¿Por qué? cuando ella sola
fué quien se opuso á tan audaz empresa?
Cuando llorando suplicó de hinojos,
cuando dijo por fin, «no, no soy Reina.»
Quién manda castigarla? Quién se atreve
el hacha á descargar en su cabeza?
Reina, sabed que si el escelso trono
en sangre de inocentes se cimenta,
el huracan del desbordado pueblo
sin poder, sin valor caerá por tierra.
Oh! Reina! perdonad, para probaros
el Señor, esta víctima os entrega;
imitad perdonando el gran ejemplo
que de reinar os dió: sed aun mas que ella.
Mostrad que ese poder os le dió el cielo
imitando del cielo la clemencia.
No, tú no morirás ¡hija del alma! (*á Juana.*)
tú al triunfante partido darás fuerza;
ven á mis brazos, ven; ven, hija mia,
libre y feliz serás; Juana, no temas.
JUA. No padre mio, no; culpable he sido,
abandonadme á mi desdicha adversa.
Lleno de amor mi corazon, con gusto
voy á espiar hoy mismo mi obediencia.
El trono de Maria está muy alto,
no le alcanzan los tiros que le asestan,
yo que ceñi la fúlgida corona,
yo que he aceptado el título de Reina,
yo la culpable soy: no caminaba
cual mis parciales desdichados, ciega,
yo el porvenir veia, en mi camino
ya no hay persona, no, que me detenga.
Decis que impide que al cadalso suba
mis pocos años? Si tan jóven fuera
no hubieran en mis sienes colocado
con alta pompa la corona régia.
Oh! solo quiero, si infeliz sucumbo,
llevar vuestro perdon; que al menos sepa
que no miran con odio mi memoria
los que por mi sufrieron tantas penas.
Si, delincuente fui, mas el cadalso

es público lugar de penitencia,
tranquila estoy y moriré tranquila;
la temerosa muerte no me arredra.
REI. (Cuán vehemente me acosa mi venganza!
y cuán lenta y tardia es la sentencia.)
JUA. Mas si Guilfort volviese, yo señora
pido le perdoneis; si su alma llena
de inestinguible amor, busca en mi tumba
una señal de mi sobre la tierra...
Oh! no le castigueis.
REI. Y vos, decidme,
quién os mandó servir de medianera?
JUA. Un título sagrado!
REI. Usurpadora!
¿Aun quereis insultar á vuestra Reina?
Mas no temais, huyó.
JUA. Huyó! bien puedo
arrostrar el furor de la tormenta.
Oh! soy aun mas feliz que imaginaba.
Sola voy á morir! Oh! dicha inmensa!
REI. Sois generosa! vuestro tierno pecho
pudo al sentir tan prolongada ausencia,
creerse abandonado... mas qué escucho?
ese estraño rumor... mirad quién llega.
(*á Surrey.*)

ESCENA V.

Dichos, EVERARDO.

EVE. Señora, el pueblo persiguió al culpable
y al fin ha hallado de Guilfort las huellas;
preso le traen aqui.
REI. y JUA. Cielos!
SUR. Silencio!
Cuidad, Señora, que el amor no os venda.

ESCENA VI.

Dichos, GUILFORT, *soldados, pueblo.*

JUA. Guilfort!
GUIL. A tiempo llego, Juana mia!
No es cierto que sin mi te condenaban?
Oh! bien mi corazon me lo decia,
al libertarme á mi, te asesinaban.
A todos lo pregunto, si, Milores,
esta niña inocente y hechicera,
víctima de sus bárbaros furores
iba á sufrir la muerte la primera?
JUA. Oh! calla por piedad!
GUIL. No, qué me importa
de esa muger la cólera vehemente?
Mi vida será corta,
desprecio sus furores.
REI. (Imprudente!)
GUIL. Juana del corazon, vengo á salvarte.
En vano con intento cauteloso
de la oscura prision me sustrageron,
el amor engañaron del esposo
y que iba á libertarte
los mónstruos infernales me dijeron.
Oh! yo segui la misteriosa mano
que á tu lado, mi bien, me conducia,
mas ay! dolo tirano
mi vida solo libertar queria.
Cuando lo comprendi, juzga mi enojo;
pensando en ti y en tu terrible suerte
entre el pueblo me arrojo,
y pido la prision, pido la muerte.
Soy Guilfort, esclamé, soy el caudillo
de los rebeldes, libertarme anhelan,
mas yo no acepto la traicion impia,
quiero entregarme al matador cuchillo
porque soy enemigo de Maria.
Entonces corren, vuelan,
me circundó su cólera horrorosa,
á los pocos soldados atacaron
y de mi libertad me libertaron,
y pude verte al fin, querida esposa:
ya veis cuán poco hicisteis en mi abono
(*á la Reina.*)
el solio me ofreceis, la muerte quiero,
no me deslumbra el resplandor del trono,
que mi amor y mi honra van primero.
REI. De ese insulto, Guilfort, tomo venganza
dando tu cuello á la cuchilla impia
del verdugo; no tengas ya esperanza.
GUIL. Sino fuera á morir... ¿á qué vendria?
JUA. Que dices!
GUIL. Si, mas tu lugar tomando
al tribunal demando frente á frente
me diga que delito está juzgando,
quién es el criminal? El delincuente?
Es una niña candorosa y pura
sin mas crimen tal vez que su hermosura?
Oh! cuanto os engañais! cuando el verdugo
afile la cuchilla matadora,
por ventura pensais poner el yugo
al pueblo? Os engañais. Sabed, Señora,
que la primera víctima que cuenta
de nuestra libertad la causa santa
es Juana, y que rugiendo la tormenta
frente de vuestro trono se levanta.
Temedla, Reina; la feroz cuchilla
puede quizá caer sobre su frente,
pero no imagineis que asi se humilla
la regeneracion de un pueblo ardiente.
De la fecunda y liberal semilla
riego será su sangre, y prepotente,
de fuerte acero armándose la diestra,
vencedor saldrá el pueblo en la palestra.
Quién podrá contener su altivo vuelo,
ay! si guiado por su audaz encono
sin dar rienda ni límite á su anhelo
fiero se lanza á derribar el trono?
Ay! si rasgando el manto de las leyes
cuentas de su poder pide á los reyes!
Si sabe que una frente coronada
puede dar al cadalso su corona,
se bañará en la sangre entronizada
si de poder omnímodo blasona.
Dejad á Juana Grey en el asilo
oscuro do pasó su tierna vida,
alli verá su porvenir tranquilo,
pobre flor entre selvas escondida.
Ella culpable no es; yo solamente
fui quien ambicionó tales honores,
de la conspiracion me puse al frente,
su gefe soy, merezco los rigores
que amenazan su vida; es inocente,
mátame á mi, desprecio tus favores.
Yo el cadalso merezco,
si, véngate de mi, pues te aborrezco.
REI. Qué dices?
GUIL. Si, culpables hemos sido
Eduardo y yo; nosotros merecemos
de la ley el rigor; á eso he venido,
en el cadalso mismo triunfaremos:
dicte ya tu inclemencia
de mi muerte cercana la sentencia.
Desprecia la memoria de tu hermano

desprecia su mandato postrimero,
y que abrase el verdugo por su mano
las pruebas del legitimo heredero.
Alza tu frente de ambicion erguida,
la tumba es mi resguardo, soy aun fuerte,
desprecio el beneficio de la vida,
soy mas grande que tú, yendo á la muerte.
JUA. Ah! no, tú no eres Rey.
GUIL. Yo á tu cabeza
la diadema ceñí.
JUA. Mas tú no tienes
parte en la magestad ni en la grandeza,
yo la corona coloqué en mis sienes.
REI. Basta ya: sus derechos impostores
aun osan sostener; en el momento
pronunciad la sentencia y ved, Milores,
de cumplirles su intento.
Yo he abandonado al tribunal augusto
vuestra suerte futura,
el tribunal será severo y justo,
una voz interior me lo asegura.
JUA. Reina!
GUIL. Ven, amor mio,
yo nunca en tus pesares te abandono;
si el trono te arrebata el mundo impio,
ven á mi corazon, ese es tu trono.
REI. (Aun triunfa!)
SUR. La sentencia decretada
por los Lores está.
REI. Leed. (Oh cielo!)
SUR. «Nosotros todos Pares y Lores de Inglaterra, »habiendo sido encargados por la Reina Maria »de citar en presencia de la cámara alta á Juana Grey, hija mayor del Marqués de Dorset, »Duque de Suffolk, y á Guillelmo Dudley, último hijo de Dudley, Duque de Northumberland, »acusados del crimen de rebelion y usurpacion »de la corona, despues de un maduro consejo y »de consultar con nuestra alma y conciencia, »declaramos en pleno tribunal, que la dicha »Juana Grey, y Guilfort Dudley, su esposo, son »culpables del crimen de que se les acusa, y »les condenamos á muerte.»
GUIL. Juana Grey á la muerte condenada!
REI. (El la verá morir!)
GUIL. Oh desconsuelo!
JUA. Acabas de una vez, fortuna impia?
GUIL. Asi comienzas á reinar, Maria?
JUA. Guilfort!
SUR. Al calabozo conducidlos.
Mañana morirán.
REI. Mañana!
GUIL. Vamos.
Ya para siempre, Juana, nos juntamos.
(el parlamento se retira llevándose los reos.)

ESCENA VII.

LA REINA, ASCHEM.

ASC. Es osible! Vos á muerte
condenais á Juana? ¿vos?
REI. Quien es quien me habla de Juana,
cuando han juzgado á Guilfort?
Ah! yo he sido la primera
que su castigo sufrió;
yo su sentencia he firmado;
una hiena, un tigre soy,
ese es el único fruto
de mi poder superior;
firmar decretos de muerte!
ASC. Vuestro labio le dictó.
REI. ¿Y lo que dictó la Reina
que le importa al corazon?
Siempre mi aborrecimiento
luchando está con mi amor.
¡Lucha terrible, incesante,
combate de maldicion!
ASC. Pero podeis perdonar.
REI. Quién! Yo perdonarle? yo!
para que al rostro me arroje
mi amorosa compasion?
Perdonar! Oh! mi clemencia
otra vez ya despreció,
y no quiero que dos veces...
ASC. Perdonadlos á los dos.
REI. A los dos!
ASC. Es un deber
que con el trono nació,
y que coloca á los reyes
al nivel mismo de Dios.
REI. ¡Perdonar á Juana Grey!
¡á mi rival! quién? yo! yo!
ASC. Entonces por qué os quejais
de la ley y su rigor?
Los dos irán al suplicio,
pero su firme pasion
dosel creerá del cadalso
que tambien los reunió.
Juntos irán á la tumba.
REI. Juntos! juntos! ¡Oh furor!
esa es suerte apetecible...
es verdad... teneis razon...
los perdonaré, mas como!...
(Cielos! que luz interior!
nada se podrá oponer,
mis derechos... la razon
de estado...) no, no es posible,
oh cielos!... qué infeliz soy!
Mas qué importa? La venganza
anhela mi corazon,
y en vez de venganza, es premio
reunirlos á los dos:
no, serian muy felices.
Ambos tienen mi perdon.
ASC. Esa palabra esperaba.
Oh, señora!... *(se arroja á sus pies.)*
REI. A mis pies, no;
no me deis gracias aun,
porque puede hacer mi amor
que el parlamento les ponga
tan terrible condicion,
que Guilfort y Juana Grey
quieran la muerte mejor.
ASC. Señora...
REI. Sigue mis pasos
sabrás cuál es mi intencion.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Un Calabozo sombrio en la torre de Lóndres.

ESCENA PRIMERA.

GUILFORT, JUANA, *dormida.*

GUIL. Duerme, niña infeliz, el llanto acerbo
que en tus mejillas cándidas derramo,
no te despierte, no; goza un instante
tras de tanto penar algun descanso.

Angeles bellos, circundad en torno
ese sueño feliz y sosegado;
no la digais que al despertar la espera
una afrentosa muerte en el cadalso.
Habladla de mi amor. Mas, oh, terrible
remordimiento! Sus desdichas causo,
y el presente nupcial que voy á darla
es de la muerte el funeral sudario.
La muerte! y sin piedad sobre su cuello
descargará su poderoso brazo,
y sin compadecer tanta hermosura
vá á inmolar el objeto que mas amo?

JUA. Guilfort! siempre... mi amor... (*soñando.*)

GUIL. ¡Desventurada,
con su tierna pasion está soñando!

JUA. No vés la pobre flor cual se deshoja?

GUIL. Oh! por fin se ha cumplido tu preságio!

JUA. Cielos! en dónde estoy? Oh Guilfort mio,
(*despierta.*)
yo no temo la muerte entre tus brazos.
Me parecia ver, pero en un dia
de horrible tempestad, aquellos campos
que tu amor cultivó, y en ellos mustia
la pobre flor á quien mi nombre has dado.

GUIL. No, la conservo aqui, sobre mi pecho.

JUA. Juntos pereceremos.

GUIL. Duelo amargo!
Tu morir!

JUA. Cuan feliz me parecia
la existencia pasándola á tu lado!
Mi alma inalterable y religiosa
á Dios alzaba deliciosos cantos;
tu amor era mi bien, yo no queria
mas que la dicha inmensa de adorarnos.
¡Era dichosa como nadie lo era!
Cuanta felicidad á perder vamos!
Mas qué es la muerte si morimos juntos?
Si ya no vamos nunca á separarnos?
Si otro santo himeneo nos reune?
Sin despedirnos en la tumba entramos,
y á la presencia del Señor del cielo
juntos y amantes llegaremos ambos.

GUIL. No, no, Dios ha querido solamente
probar tu fortaleza; enagenado
de su obra mas hermosa, no permite
tu muerte; si subieras al cadalso
de su justicia recta dudaria.

JUA. Guilfort!

GUIL. Y en mis furores blasfemando
creeria en la existencia de la nada
aunque morir me viera entre tus brazos.
Mas oye: el carcelero de la torre
Partington, de tu padre fiel criado,
me dijo que un partido formidable
se ha armado en tu favor, y que tratando
de libertarte están.

JUA. Y á mi tan solo!

GUIL. Déjame á mi la muerte si te salvo.
Ah! consiente en huir!

JUA. Solo consiento
en morir si me arrancan de tu lado.

GUIL. No me quites esta última esperanza,
sálvate, líbrame de este tirano
remordimiento que me aqueja fiero,
sé que de Dios la compasion no alcanzo
si no salvo tu vida; yo á la muerte
te llevé, yo guié tu débil paso,
yo puse la corona en tu cabeza,
yo del verdugo preparé la mano.
Si, siempre yo. Desde el altar divino
te conduje al adúltero palacio,
desde el lecho nupcial al áureo trono;
cuando besos de amor te estaba dando,
clavando estaba en tu inocente seno
un matador puñal envenenado.
Ah! si vienen, huirás... si... Juana mia,
sálvate, yo lo quiero, yo lo mando.

JUA. Y esta débil mujer qué es lo que ha hecho
que asi la estás el alma destrozando?
Por qué mi triste juventud condenas
de la existencia á los desiertos áridos?
Proscripta, sola, sin asilo, viuda,
sin proteccion, sin guia, sin amparo,
si poder derramar en tu sepulcro
el fuego horrible de mi acerbo llanto?
Y tú triunfante ácia la muerte corres
y el placer de morir me estás quitando?
Oh! no, ten compasion de mis pesares,
de esta loca pasion en que me abraso.
Si me quieres librar, contigo muera,
no me dejes, por Dios, entre sus manos.

GUIL. Atónito me deja tu cariño.
Generosa muger, cuánto te amo!

ESCENA II.

Dichos, SURREY.

SUR. La Reina de Inglaterra se dirije
á esta oscura prision; tengo mandato
de separaros.

JUA. Cielos!

GUIL. Juana mia!

SUR. Aqui llega. Milord, seguidme.

GUIL. Vamos.
(*arrancándose de los brazos de Juana.*)

ESCENA III.

JUANA, *la* REINA, ASCHEM.

JUA. Dios, de estos miserables infelices
á mi desdicha mi valor iguala.

REI. Aschem, venid.

JUA. Señor...

ASC. Pobre hija mia!

REI. Sed testigo que trato de librarla
y tambien á Guilfort; tal es mi intento.

ASC. Hija mia!

JUA. Oh! ventura inesperada!

REI. Escuchadme, Miladi: Vos quedaos.
Qué triste, qué sombria es esta estancia!
(*dando una vuelta por el calabozo.*)

JUA. Nunca la luz del sol penetra en ella,
mas sus cautivos con fervor aguardan
que pronto llegue el anhelado instante
de gozar otra luz eterna y clara.

REI. Quiere decir que Juana y que su esposo
son venturosos ya con la esperanza
de morir, y reinar en un parage
superior do mi cólera no alcanza.
No es cierto, Juana Grey?

JUA. Perdon os pido
si acaso os ofendieron mis palabras.

REI. Es vuestro sino.

JUA. Ayer vuestros vasallos
me habrán visto sumisa y humillada
ante vuestro poder, arrepentida;
ayer de hinojos confesé mi falta.
Dige: culpable soy, mi muerte es justa,
mas si usa su clemencia soberana,
rogaré por los dias de la Reina

en presencia de Dios vertiendo lágrimas.
Oh! palabras crueles me habeis dicho;
yo el silencio guardé, mas si hace falta,
en este sitio á la hora de mi muerte
segunda vez humillaré mi alma.
Estais vengada asi?

REI. Lo está la Reina,
la muger esas lágrimas rechaza.
Ese llanto en presencia de mi córte
de orgullo y alegria me colmaba,
mas hoy, qué sirven sus dolientes ecos
en medio de esta cárcel solitaria?
Qué me importa mi trono y mi corona
si la dicha del alma me arrebatas?

JUA. Oh! Dios mio!

REI. Su alma, su existencia,
la dicha que en sus brazos deliraba
todo por tí lo pierdo, ¿y por ventura,
puedo con vuestra muerte recobrarlas?
Te arrepientes, qué importa, si con eso
no me puedes librar de mi desgracia?
En vano me presentas ese trono
donde tu crimen á tu esposo arrastra,
lecho sangriento que los dos partisteis.
¿Crees que asi tu rival está vengada?

UA. Reina!

REI. Tu loco amor le dá la muerte,
y mi pasion un trono le guardaba.

UA. Guilfort!

EI. Llora á mis pies, amargo llanto
surque otra vez por tus megillas pálidas,
llenen tus gritos de dolor agudos
estas cavernas lóbregas y vastas!
Tu insensata pasion le ha asesinado.

UA. Si, si, yo le perdí; pero su gracia
puede firmar la mano poderosa
que en las mias estrecho.

EI. Desdichada,
y qué puedo hacer yo, si en todas partes
la sentencia de muerte se proclama?

A. Yo reiné solo un dia y fuí clemente.

EI. Grande seré tambien en mi venganza.
Quieres salvarle?

A. Yo?

EI. Tú.

A. Si lo quiero!

I. Pues firma este papel... Te inmutas?...Callas!
Un poco de valor, esposa tierna,
firma sin vacilar.

A. Suerte tirana!
Un acto de divorcio; y á ese precio
nuestras dos existencias conservabas?
Hija de Enrique Octavo, en mi deshonra
nunca, jamás se gozará tu rabia.

I. A ese precio! ¿imaginas por ventura
que aun anhelo su amor? Tenté, insensata;
yo quiero separaros, mas no unirme
con él de Dios en las augustas aras.
Firma! Creias que mi real enojo
todos vuestros delitos olvidaba?
Que yo no buscaria en vuestro pecho
un sitio do cebase mi venganza,
que vida y tierno esposo te daria
protejiendo ese amor que asi me infama,
vuestra altivez y mi vergüenza uniendo?
Sé dispensar mejor mis reales gracias.
Pausado llanto mi venganza sea,
pronto de sangre el corazon se sácia.
Llorad cual yo.

JUA. Llevadnos al suplicio.

REI. Tú entonces de su muerte eres la causa.

JUA. Su muerte causaré... mas no le vendo.

REI. Su muerte! nunca... Tu valor me falta.
Escucha, Juana Grey, deja que pase
la tempestad. Yo le amo, mas no hagas
mis esfuerzos inútiles. Yo os salvo,
y no puedo hacer mas. Qué mas aguardas?
Ah! mi poder acecha el parlamento,
vuestros nombres unidos... Vos, habladla.

ASC. Hija mia!

JUA. Qué es esto? La vergüenza
me quereis proponer? No, que aun grabada
tengo mi magestad sobre mi frente
y sacrificio tal mi amor demanda.

REI. Buscas en el amor vano pretesto,
sacrificio mayor de tí esperaba
la gloria, los que Reina te aclamaron,
los comprendidos en la torpe trama
sentenciados estan todos á muerte,
firma este escrito y su existencia salvas.
Si, firma su perdon y tu divorcio,
te imploran sus familias desoladas,
no hables de amor delante del cadalso,
un noble sacrificio nos ensalza,
conserva su existencia y sacrifica
con generosidad tu noble alma.

ASC. Perdonados serán.

JUA. Oh, Guilfort mio!

ASC. Acuérdate, hija mia, de la santa
resignacion de los antiguos héroes
que virtud y grandeza respiraban;
tú que los adoraste, sus acciones
hoy te toca imitar. Sé grande, Juana,
no es superior á tí ningun esfuerzo,
la muerte de los mártires llenaba
tu jóven pensamiento de entusiasmo,
sobrepuja sus ínclitas hazañas
aceptando la vida.

JUA. Y qué, vos mismo...

ASC. Oh! si mi triste pesadumbre hablára
de tí ese sacrificio exijiria,
hija del corazon! hija del alma!
Dos hijos tuve, los amaba tanto
como te adoro á tí; la tumba helada
me los arrebató... No me abandones
como ellos tú tambien; guia mi planta,
hoy que la ancianidad el fuego activo
de mi pasada juventud apaga.
Si, vive para mi, para mi solo,
soy débil, hija mia, y cuando marchan
mis pies por el camino de la tumba
no quiero, no, que tras los tuyos vayan;
no me dejes sin tí sobre la tierra....

JUA. Omnipotente Dios! esto faltaba.
Bien, si mi esposo firma ese divorcio,
si rota nuestra union Guilfort declara,
tambien le firmaré.

ASC. Corro en su busca:
yo le haré consentir.

REI. Surrey acaba
de instruirle.

ASC. Si, firma.

JUA. No lo creo.

REI. Os espero, marchad. (*vase Aschem.*)

JUA. Cómo se engaña!
Nuestro amor con placer mira la muerte
que á los dos para siempre nos enlaza;
y mi esposo á su vez quiere gustoso

de nuestra union santificar la llama.
Somos dos por ventura? Nos alienta
en la existencia acaso mas que un alma?
Dios de mi casto amor! inmensa y justa
es tu clemencia. Si el castigo lanza
tu mano poderosa, no se estienda
mas allá de la tumba solitaria.
No nos separes; espiacion tan cruda
es castigo sobrado á nuestras faltas,
por una eternidad ven á enlazarnos,
y desde el fondo de tu gloria santa,
un rayo de tu amor en nuestros pechos
con inefable compasion derrama.

REI. Esto es ya demasiado: tú me insultas,
no quieras que imposible el perdon se haga,
no demandes á Dios su triste vida.

JUA. Solo en Dios he cifrado mi esperanza.

REI. Separado de tí, de tí lejano
vivirá.

JUA. Morirá si nos separan.

REI. Quieres su muerte, di, quieres su muerte?
Modera tu pasion desventurada,
mira que asi la vida le conservas
y conservas su amor porque él te ama.
Te ama! esa palabra solamente
calmaria en la vida mis desgracias.
Si, mis desdichas todas; aborrezco
ese poder que mis pesares causa,
y que aceptar no quiso de mis manos,
él mi herida maléfica desgarra;
¿qué vale el esplendor de una corona
á la felicidad de ser amada?
No oyes pasos? Es él... Duda terrible.

JUA. Yo no dudo, mi duda le ultrajára.

ESCENA IV.

JUANA, *la* REINA, GUILFORT.

JUA. Ah! Guilfort! todavia desconocen
de nuestro inmenso amor la llama activa,
ven á decirles que del pacto odioso
tu enamorado corazon se indigna,
y ese acto maldecido...

GUIL. Le he firmado.

REI. Cielos!

JUA. Qué dices?

GUIL. Si.

JUA. Tu mano misma
las palabras trazó? No, no lo creo.

REI. Mucho tiempo dudais.

JUA. No es cierto.

GUIL. (*dándola el acta.*) Mira.

JUA. Qué has hecho..? y es verdad..? la prueba es cierta,
nuestra deshonra para siempre escrita
está en este papel. Guilfort, qué has hecho?
Ese es nuestro divorcio.

GUIL. Juana mia,
ten valor; el destino nos persigue,
cedamos á su imperio. Toma y firma.

REI. Firmad.

GUIL. Firma.

JUA. Y en dónde?

GUIL. Alli.

JUA. No veo.

GUIL. Por la postrera vez en nuestra vida
pon tu adorado nombre junto al mio,
mi amante corazon te lo suplica;
viviremos los dos.

JUA. Si, separados,
vos subireis al trono de Maria,
Guilfort, vos sereis Rey.

REI. Cuánta tardanza!

JUA. Tomad, vuestra intencion está cumplida.

GUIL. Gran Dios! ya está mi falta reparada!
Cumplid el juramento que nos libra.
(*á la Reina.*)

REI. Tomad. (Nadie resiste ante la muerte,
Juana creyó que nunca firmaria.
Yo triunfo.)

GUIL. A Dios, ya libre estais, señora.

JUA. Cielo! Es esta, Guilfort, tu despedida...
ningun remordimiento...

GUIL. No, ninguno.

REI. Palidece.

GUIL. No, no.

JUA. Tu mano fria...
Tiemblas!

GUIL. Es de placer!

JUA. Ah! desgraciado!
por libertarme á mi se sacrifica.
La muerte... te amenaza... si, un veneno.
Gran Dios!

GUIL. Ay! menos pronto le creia.
(*cayendo.*)

JUA. Morir! morir sin mi!

GUIL. Di, me perdonas?

JUA. Me abandonas, Guilfort!

GUIL. Salvo tu vida.

JUA. Huyes de mi en la muerte, esposo mio?
No sabes que tu muerte me asesina?
Oh! toma en este abrazo de tu Juana
todo el inmenso amor que mi alma abriga.
Y no espiro contigo, Guilfort mio!
Y ahora, teme morir, Reina Maria.

REI. Oh! desesperacion!

JUA. Nuestros amores
no quisiste creer; contempla, mira
tu victoria, y auméntense tus celos
al ver que su pasion casi es divina,
y rómpase tu pecho dolorido
como tu real perdon. (*lo rompe.*)

REI. Ah! ya eres mia!
(*dando un grito.*)

JUA. Mucho he esperado ya. (*hace señal.*)

GUIL. No la condenes,
mi moribunda voz te lo suplica.

REI. Roto el perdon está.

JUA. A Dios, el mundo
(*llevada por los guardias.*)
á una terrible suerte nos destina,
pero el cadáso para mi es tan solo
del alcázar de Dios segura guia;
á Dios, en él Guilfort nos juntaremos.

GUIL. Esperad, esperad,
(*arrástrase á los pies de la Reina.*)
basta una victima...
Reina, perdon.

REI. Por mis tormentos mido
su crimen.. quien Guilfort, me vengaria?
Al mirarte morir, Juana triunfaba.

GUIL. Perdon... ah!... (*muere.*)

REI. Ya espiró. Sangriento di

FIN.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,
Calle del Duque de Alba, n. 13.